

O'DONNELL Y LA POLÍTICA DE PRESTIGIO DE LA UNIÓN LIBERAL EN LA EUROPA DE SU TIEMPO

Luis Eugenio TOGORES SÁNCHEZ¹

RESUMEN

La acción exterior, militar y política, de la Unión Liberal liderada por O'Donnell, vino marcada por una etapa de paz interior que permitió a la España de mediados del siglo XIX afrontar, al igual que hacían todas las grandes naciones de su tiempo, la defensa de sus posesiones coloniales e intentar la extensión de las mismas. España intervino en la Cuestión de Italia, en Méjico, frente a las repúblicas americanas del Pacífico, en Cochinchina y en Marruecos durante la Guerra de África, acciones militares solventadas con suficiencia pero que, por causa de la debilidad política, diplomática, de la España isabelina, en un contexto internacional francamente adverso, dieron escaso fruto.

PALABRAS CLAVE: Unión Liberal. Política de prestigio. Guerra de Marruecos. Cuestión de Méjico. Guerra del Pacífico. Expedición a Cochinchina.

¹ Historiador. Universidad CEU San Pablo.

ABSTRACT

The external action, both military and political of the Liberal Union, led by O'Donnell, was marked by a period of internal peace that allowed Spain in the mid-nineteenth century to face, as did all the great nations of its time, the defense of its colonial possessions, as well as to try to enlarge them. Spain intervened in the question of Italy, in Mexico, against the American Pacific Republics, in Cochinchina and in Morocco during the Africa War, military actions that were resolve efficiently but that, because of the political and diplomatic weakness of Elizabethan Spain, in a clearly adverse international context, gave out little results.

KEY WORDS: Liberal Union, Prestige policy. Moroccan War. Question of Mexico. Pacific War. Cochinchina Expedition.

* * * * *

A mediados del siglo XIX España ya no era una gran potencia comparable a la Gran Bretaña Victoriana o a la Francia de Napoleón III. Aunque había perdido una gran parte de su enorme imperio ultramarino aún podía ser equiparada, salvando diferencias propias nacionales, a la Rusia zarista que había sido fundamental en la derrota de Napoleón I medio siglo antes -igual que lo había sido la España de Castaños y del Empecinado- pero que había perdido peso internacional por causa de su nula capacidad para seguir la Primera Revolución Industrial, la pervivencia masiva de la servidumbre entre su población rural y su pérdida de poder militar evidenciado por su derrota en la Guerra de Crimea, a pesar de su enorme capacidad demográfica. El Imperio de los Habsburgo de Viena seguía siendo formalmente una gran potencia pero, en su interior, estaba ya sembrada la semilla de su desaparición; nacionalismos disgregadores, ineficiencia militar comprobada durante las guerras napoleónicas, atraso industrial..., todo lo que daba pie a un lento, pero imparable, camino hacia su desaparición, de la que se había librado durante la revolución de 1848 casi por casualidad. Los antiguos Países Bajos, divididos desde la Revolución de 1830 en Bélgica y Holanda, resultaban geográfica y demográficamente demasiado pequeños para tener verdadero peso internacional, a pesar de tener Holanda algunas posesiones coloniales importantes. Los países nórdicos -Noruega, Dinamarca y especialmente Suecia- habían perdido su papel de actor destacado desde la muerte de Gustavo Adolfo en la batalla de Lützen. Prusia, una de las grandes potencias por la excelencia de su ejército y la habilidad de su diplomacia, carencia de la demografía y las posesiones coloniales que diesen verdadera carta de naturaleza al título de gran potencia adquirido en los campos de batalla de Waterloo y confirmado por su papel destacado en la formación de la Santa Alianza. Prusia tenía el título de gran potencia, pero siempre pendía de la posibilidad real de una derrota militar grave que suponría el fin de su peso internacional, por lo que se mostraba reacia a participar en aventuras bélicas de dudoso éxito. La llegada de Bismarck terminaría con esta incertidumbre tras tres inteligentes y victoriosas guerras que iban a convertir a Berlín en la potencia continental hegemónica, de forma intermitente, desde 1870 hasta la actualidad. Alemania e Italia no habrían de nacer hasta 1870. Otras nuevas naciones apuntaban ya su papel principal en la Historia de la Humanidad, Estados Unidos y Japón, pero aún había de pasar más de medio siglo para que ocupasen el papel fundamental al que estaban destinadas. Por su parte el Imperio Turco, unos de los enemigos históricos de España, había perdido, como le ocurría a la monarquía española, parte de su poder en los Balcanes y el norte de África y, a pesar de ser llamada en las cancillerías europeas el “hombre enfermo de Europa”, aún mantendría

un importante imperio terrestre en el Próximo Oriente hasta su derrota en la Primera Guerra Mundial.

Viendo el escenario internacional de mediados del siglo XIX España seguía potencialmente siendo una de las naciones importantes de su tiempo aunque ya sólo era sombra de lo que había sido un siglo antes. La España de Isabel II era una nación razonablemente poderosa, si no la comparamos con lo que fue y si la medimos con muchas naciones de su entorno y de su tiempo.

Es cierto que la España que comenzó a gobernar en 1858 el gobierno O'Donnell de la Unión Liberal no era comparable a naciones como Francia o Inglaterra, pues ya no era una verdadera gran potencia con capacidad de proyectar con fuerza su poder a nivel mundial, pero se encontraban en las proximidades de este título al igual que otras naciones de su entorno geográfico que detentaban con menos razón, peso colonial y capacidad militar el título honorario de gran potencia, pero que tenían mayor capacidad diplomática y enemigos menos ambiciosos y enconados.

La envidia imperialista de Londres, París y, ya a finales del XIX, de Berlín y Washington, habían ido, de forma lenta pero segura, hurtando trozos del viejo imperio español y debilitando su hacienda, industria y sus instituciones. El odio del inglés a su enemigo español no había disminuido un gramo desde los tiempos de la Armada Invencible, siguiendo los gabinetes de Londres una política constante para debilitar y desgastar todo lo que podía volver a convertir a España en un serio competidor. La pesadilla de los Tercios desembarcando en las costas inglesas seguía siendo un fantasma recurrente en los agitados sueños de los primeros ministros ingleses.

Kipling, el escritor del nuevo imperialismo, en plena etapa más gloriosa de la Inglaterra Victoriana, en su cuento *Judson y el Imperio*, destila todo su desprecio por las naciones moribundas, Portugal, con motivo de la Crisis del Mapa Rosa al tiempo que suelta una coz al peor enemigo que nunca tuvieron los británicos, España:

«¡Gloriana! El español puede atacarnos
En cuanto su barriga pida brega
Antes de que el tormento nos someta
Vamos a ver si el Don aquí llega
¡España ya no tiene galeones! (Dobson)»

Francia, con una situación interior más agitada que la británica –dos nuevos monarcas absolutos tras la derrota de Napoleón, un rey semi constitucional, tres revoluciones, un nuevo imperio para, finalmente, regresar a

la república- y con una revolución industrial menos eficiente que la inglesa, soñaba con arrebatar a Gran Bretaña el título de imperio más grande del siglo XIX, acción que pasaba por lograr que España continuase siendo un actor secundario, bajo influencia gala, en la partida de poder que Londres y París, amigas y aliadas circunstanciales, estaban jugando.

A mediados del siglo XIX, a pesar de haber perdido un cuarto de siglo antes sus enormes territorios continentales americanos -Méjico, el sur de Estados Unidos, todo América del Centro y del Sur salvo el Brasil portugués-, España seguía teniendo unas posesiones coloniales más que envidiables: Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo y en Asia el inmenso islario de las Filipinas más, en el centro del Pacífico, los ricos y casi olvidados archipiélagos de Carolinas, Marianas y Palaos, a los que se unían los derechos de España sobre islas y zonas continentales en el golfo de Guinea.

En una época inmediatamente anterior, durante el siglo XVIII, soldados del Rey de España -como Gálvez, Lezo o el general Ricardos- habían logrado victoria tras victoria sobre todos sus enemigos. La toma de Orán en 1732, la defensa de Cartagena de Indias en 1741, o las hazañas de “El Glorioso” en 1747 habían dado paso a una etapa de crisis política y militar que se había evidenciado con la derrota naval de Trafalgar en octubre de 1805 y que había convertido a la España de los Borbones, con posesiones en los cinco continentes, en una nación sin verdaderos recursos navales para sostener su imperio ultramarino, sumida en una profunda crisis interior, lo que no había impedido que, a pesar de todo, los ejércitos españoles, en coalición con británico y portugueses, humillasen a Napoleón, el capitán del siglo, en el Bruc, Bailén, Alcañiz o en la batalla de Tamames. Uno hechos de armas que había causado la admiración, junto a la constitución gaditana de 1812, del mundo civilizado de comienzos del siglo XIX. La Guerra de la Independencia, aún así, a pesar de haberse saldado con la victoria de los españoles, había sido una victoria pírrica, con un resultado terrible para España: había causado la destrucción de puentes, carreteras y todo tipo de infraestructuras; provocado la pérdida de gran parte de la incipiente industria española -en buena medida a manos de nuestros aliados ingleses...- junto a los saqueos y destrucciones de siete largos años de guerra continuada sobre suelo nacional que sumieron al país en la pobreza y el atraso. Todo esto, en unos momentos en que otras naciones, especialmente Inglaterra, daban el gran salto adelante de la mano de la Primera Revolución Industrial para convertirse en el más grande imperio colonial y fabril del siglo XIX.

En unos momentos, tras el Congreso de Viena, en que comenzaba una nueva etapa en la carrera por la hegemonía continental y el dominio colonial, por el control de las vías marítimas mundiales y la preponderancia

industrial y financiera, España se volvió a sumir en una nueva guerra civil, que es tanto como decir dos guerras al mismo tiempo, que, tras su derrota en Ayacucho, terminó por impedir que la monarquía española se sumase a la carrera para recobrar el papel de potencia europea de primera fila que venía ocupando por derecho propio desde el siglo XVI. Ni la Guerra de Sucesión, ni las Guerras de Asiento ni del Rosellón, ni el largo ciclo bélico contra Inglaterra y los turcos habían podido impedir que España pudiese seguir compitiendo a nivel mundial por desempeñar un papel destacado en la Historia de la Humanidad en el siglo XVIII. Sólo la Guerra de Independencia, las Guerras de la Emancipación de las Repúblicas Hispanoamericanas, más la Primera Guerra Carlista, cuatro décadas de guerra continua, lograron doblegar la voluntad de ser imperio de los españoles.

A los casi veinte años de la derrota de Napoleón, tras las convulsiones provocadas por el golpe de Riego y la entrada en España, tres años después, de los Cien Mil Hijos de San Luis y la terrible derrota de las tropas española en América, en Ayacucho, España se volvió a ver arrasada por una nueva y larga guerra civil combatida en territorio peninsular, la Primera Guerra Carlista. Esta guerra se estima que provocó muchos más de cien mil muertos e hizo abortar lo mucho o poco de bueno que tuviese hacendísticamente la Desamortización de Mendizábal, al tiempo que dividía a los españoles en bandos irreconciliables.

Mientras que Francia e Inglaterra consolidaban su revolución industrial y daban un fundamental impulso a la construcción de sus imperios -especialmente Inglaterra- España se desangraba en este nuevo conflicto interior que la retrasaba en su proceso de modernización y de construcción de un estado eficiente y en el relanzamiento de un nuevo, legítimo y posible sueño colonial acorde a las construcciones imperiales que estaban desarrollando algunas de las grandes naciones europeas de su entorno.

La Guerra Carlista fue un nuevo baldón para el desarrollo de la España ochocentista. En sus campos de batalla los veteranos de América, los ayacuchos², adquirieron una enorme experiencia bélica, de mando, que les llevó a ser reclutados como jefes de filas de las listas electorales de los partidos políticos en liza por el poder. Estos partidos necesitaban liderazgo y prestigio en su lucha por hacerse con la confianza de la Reina y vieron entre los militares las personalidades de prestigio de las que estaban tan necesitados. Entre estos soldados estaba un joven oficial de nombre Leopoldo O'Donnell.

² Soldados al servicio del Rey de España que lucharon en las campañas militares de las guerras de emancipación de Hispanoamérica y que tomaron su apodo de la batalla de Ayacucho, siendo el más destacado de esta generación de soldados Baldomero Espartero.

Leopoldo O'Donnell, soldado y estadista

En su juventud, siendo sólo un subalterno, prestó servicio en el Regimiento de Infantería Imperial Alejandro con el que participó junto a las tropas de Luis XVIII de Francia, junto a los Cien Mil Hijos de San Luis, en la devoción del poder absoluto a Fernando VII poniéndose así fin al Trienio Liberal.

Perteneciente a una familia católica, de origen jacobita, exilada en España, ligada ideológicamente al Antiguo Régimen, sirvió a la Corona en los años finales del reinado de Fernando VII con el grado de teniente en los granaderos de la Guardia Real.³ Es en esta etapa de fidelidad absolutista en la que participó en las operaciones militares de 1828 en Cataluña y que pusieron fin a la revuelta de los *malcontents*.

Al comienzo de la Primera Guerra Carlista, fiel a su vinculación con el Rey, siendo ya capitán, tomó partido por la reina niña Isabel y su madre la entonces reina gobernadora, María Cristina. La guerra civil le permitió ascender de forma meteórica hasta el grado, tras siete años servicio constante, de teniente general, llevando en su pecho una Cruz Laureada de San Fernando de 3ª clase y otorgándole la Reina el título de Castilla de Conde de Lucena en 1847, al que seguiría en 1860 el de duque de Tetuán.

El pronunciamiento progresista de 1840 de Valencia, cuya Capitanía General ocupaba por entonces O'Donnell, y que llevó al poder a Espartero, le decidió a exilarse junto a la hasta entonces regente María Cristina. Pasó tres años en Francia (1840-1843), cuna de la cultura, motor y corazón de la política de su tiempo, conspirando contra el gobierno progresista del nuevo regente Espartero y sus amigos ingleses⁴, al tiempo que observaba las grandes directrices políticas que estaban adoptando las grandes cancillerías europeas.

En aquellos tiempos vivió en primera persona los mejores años de la monarquía de Luis Felipe de Orleans, el rey burgués, años que Francia estaba plenamente embarcada en la conquista de Argelia, apareciendo la expansión colonial como el objetivo por excelencia de cualquier nación civilizada. En octubre de 1843 se produjo en España un nuevo pronunciamiento, ahora de generales de filiación progresista como Serrano y Prim, asociados a soldados moderados como Gutiérrez de la Concha, Narváez y el propio O'Donnell, que lograron obligar a Espartero a marcharse al exilio.

³ Sobre el joven O'Donnell escribió en sus *Episodios Nacionales* Pérez Galdos: "Era un charrón de alta estatura y los cabellos de oro, bigote escaso, azules ojos de mirar sereno y dulce; fisonomía impasible, estatuaria, a prueba de emociones; para todos los casos alegres o adversos, tenía la misma sonrisa tenue, delicada, como de finísima burla o estilo anglosajón".

⁴ Espartero contaba con el apoyo casi incondicional de Inglaterra como pago a sus concesiones en Cuba y en el Golfo de Guinea, concedidas con el pretexto de erradicar la recientemente prohibida por Inglaterra trata de esclavos.

O'Donnell, principal impulsor del nuevo y exitoso pronunciamiento, sólo quiso hacerse cargo de la Capitanía General de Cuba en la que los partidarios de Espartero conservaban muchos resortes de poder. La presencia de O'Donnell en la isla sirvió para neutralizar el triple riesgo de la formación de un gobierno en el exilio progresista de los partidarios de Espartero en Las Antillas, frenó las desmedidas ambiciones británicas y desalentó los incipientes deseos de intervención de los norteamericanos en Cuba. O'Donnell permaneció en La Habana cinco años, etapa en la que pudo apreciar de forma directa la importancia, riqueza y valor estratégico de la Isla, evaluando en directo la importancia de poseer ricas posesiones coloniales que sirviesen de sustento económico y fuente de prestigio a su metrópoli.

A su regreso de las Antillas ya apostaba políticamente por un centrismo integrador capaz de aunar a moderados y progresistas bajo el signo de su común liberalismo. El gabinete de Narváez y su cada vez más autoritario e impopular forma de gobernar provocó un nuevo pronunciamiento en 1854, en Vicálvaro, apoyado por los moderados disidentes y progresistas "excluidos", que capitanearía nuevamente O'Donnell, y que, por los extraños entresijos de la política isabelina, llevaría al poder a su antiguo enemigo Espartero llamado por Isabel II desde su exilio inglés.

El llamado Manifiesto de Manzanares, escrito por un jovencísimo Cánovas del Castillo y firmado por O'Donnell el 7 de julio de 1854, al que siguieron gravísimos disturbios en Madrid, que luego se extendieron a otras ciudades, terminó por decidir a Isabel II a aceptar la dimisión de Sartorius, Conde de San Luis, y llamar una vez más a Espartero, con O'Donnell como ministro de la Guerra. Comenzaba el bienio progresista (1854-1856) momento en que progresistas y moderados parecían que podrían por primera vez convivir en paz.

El Bienio Progresista (1854-1856) terminó al ser expulsado Espartero del poder para dar paso a un breve gobierno de O'Donnell (14 de julio a 12 de octubre de 1856) y que terminó trayendo nuevamente a Narváez a la presidencia del consejo de ministros. Esta etapa sirvió a O'Donnell para construir su propio partido, la Unión Liberal, con la ayuda de un joven político conservador, Antonio Cánovas del Castillo, para finalmente formar un verdadero gobierno el 30 junio de 1858.

Desde su llegada al gobierno O'Donnell comenzó a trabajar para acrecentar el peso internacional de España, laborando para lograr la paz y estabilidad interior, alimentando el progreso material, mediante la implantación de un proyecto político de centro frente a los hábitos cainitas de los partidos nacionales, dada la necesidad de estabilidad interior que exigían sus proyectos en ultramar y política internacional.

La etapa de gobierno de la Unión Liberal ha sido para muchos autores los años en que fue mejor gobernada España en todo el reinado de Isabel II, ya que se movilizó la riqueza de los bienes comunales a través de la desamortización de Madoz, comenzó la construcción de la red ferroviaria... y, siendo un soldado profesional, comenzó una decidida acción de mejora en el Ejército y en la Armada. En aquellos años se vivió una etapa de paz interior poco corriente en el siglo XIX y que siguió siendo desconocida hasta la Restauración canovista.

O'Donnell, hijo de su tiempo, y con una visión patriótica superadora de las estrechas miras de los intereses exclusivos de partido -tan propia de la clase política española del siglo XIX, XX y XXI- apostó por tomar la senda de la acción exterior y colonial que, con éxito, estaban siguiendo las grandes naciones europeas de mediados del XIX y con las que creía, en ciertos escenarios, poder competir. ¿Si fuera de las fronteras españolas funcionaba por qué no iba a funcionar en España para movilizar y unir a la sociedad española entorno a un gran proyecto común?

En relación a la política exterior de España el gobierno unionista de O'Donnell siguió el modelo de la política de *grandeur* francesa, vinculada a empresas de prestigio internacional y apostando por la consolidación y ampliación de las posesiones coloniales de España tras una etapa de medio siglo de progresivo deterioro del peso político internacional y pérdida de extensión de los territorios ultramarinos de España.

La Unión Liberal gobernó entre 1858 y 1863, para volver Leopoldo O'Donnell a gobernar con los unionistas entre el 21 de junio de 1865 y el 10 de junio 1866, etapa en la que continuó con su política prestigio materializada en la participación española en la guerra del Pacífico, pero su proyecto político estaba ya muerto. O'Donnell, tras haber aplastado la revolución progresista en Madrid del Cuartel de San Gil, imponiendo contra su propio criterio por presiones de las Cortes durísimos castigos a los sublevados, fue apartado del poder y la Reina llamó una vez más a Narváez, el adalid de tratar con mano de hierro a los progresistas.

O'Donnell se retiró al pueblecito francés de Biarritz, donde falleció el 5 de noviembre de 1867 sin llegar a ver la expulsión de España de la reina Isabel II en 1868.

El proyecto político de la Unión Liberal

Entre los proyectos que llevaba en cartera O'Donnell para la Unión Liberal, como hijo de su tiempo, estaba el lógico propósito de que España lograse recuperar peso internacional que, con razón, España aún se merecía

si la comparamos, con sus fortalezas y debilidades, con Prusia, Austria e incluso la Rusia de la segunda mitad del siglo XIX. Ser gran potencia era más un título honorífico, de reconocimiento por parte de las naciones más importantes de Europa de mediados del XIX, que un hecho cuantificable al estilo de las cifras abrumadoras de crecimiento económico, endeudamiento, etc. que nos son habituales a comienzos del siglo XXI.

Las claves de la consideración de ser gran potencia se cifraba en la percepción que sobre una nación tenían los gobiernos de su entorno que asimismo se auto titulaban grandes potencias. Un club nacido en la Europa de los Congresos y del que España fue excluida con la finalidad de dejar abierta la puerta al saqueo de la América española. Esta percepción se sustentaba en cuestiones como la fuerza de los ejércitos y marina de guerra, en el desarrollo industrial y comercial y, sobre todo, en la extensión y riqueza de sus posesiones ultramarinas.

En los cuarenta años que fueron desde la derrota de Napoleón en Waterloo a la llegada de la Unión Liberal al poder se fue evidenciando la progresiva debilidad de España, situación alentada por Francia y, sobre todo, por Inglaterra, dos naciones que seguían expandiendo sus imperios ultramarinos e intereses comerciales de forma imparable y a cualquier precio.

Mientras que la sociedad británica, francesa, alemana e incluso, en ciertos momentos, la italiana veían una forma de engrandecer la nación y exorcizar los demonios nacionales mediante la expansión imperialista, los españoles, con la excepción de Cuba, veían en su defensa algo sin mucho interés o una carga difícil de justificar.

O'Donnell, siguiendo la dirección que marcaba su tiempo, intentó seguir el camino de la consolidación y crecimiento de sus posesiones coloniales, siguiendo la ruta que, en las más importantes monarquías de su entorno, se estaba desarrollando con éxito. Un expansionismo en materia colonial que marcaba el principal camino de la alta política internacional de la época y que producía fuertes tensiones entre Francia e Inglaterra y de éstas con otras potencias occidentales y que evidenciaba su importancia en la asunción en 1858 por la corona británica de sus intereses en la India tras el motín de los cipayos, el establecimiento de su presencia en Hong Kong en 1841 o el aumento de su influencia e intereses en Egipto y en la futura Sudáfrica dentro una política imperialista a nivel mundial hasta lograr que ambos territorios cayesen bajo administración británica. Una carrera colonial en la que participaban muchas naciones y que terminaría provocando la Primera Guerra Mundial.

En esta pugna, en tiempo de Luis Felipe, Francia se fue quedando lenta pero progresivamente retrasada, en una carrera que lideraba la Ingla-

terra Victoriana (1837-1901). El principal intento para recuperar posiciones se produjo con la llegada del II Imperio en 1852. La llegada de un nuevo Bonaparte al trono de París supuso un empujón para todos los movimientos políticos existentes en Europa que aspiraban a la total eliminación de los últimos rescoldos del Antiguo Régimen, un empujón al nacionalismo. La llegada de Napoleón III al trono de París supuso una reactivación de los sueños de grandeza y un relanzamiento en Francia de la carrera colonial.

La política exterior emprendida por el sobrino de Napoleón I le llevará a intervenir en 1853, junto a Gran Bretaña, en la Guerra de Crimea (1853-1856) para luego intervenir en la II Guerra del Opio en 1856, también junto a los británicos, al igual que haría en Méjico en 1861, acción en la que también intervino, inicialmente, España. En 1859 se produjo la sangrienta persecución de los cristianos maronitas en Siria y Líbano por los drusos, lo que provocó que Napoleón III enviase cuarenta mil hombres para terminar con las matanzas y establecer un gobierno francófono en Líbano. En la misma línea de protección de los cristianos y para establecerse colonialmente en el Lejano Oriente se produjeron las acciones militares que llevarían a españoles y franceses a intervenir en Cochinchina, en el actual Vietnam.

En los objetivos del gabinete O'Donnell en política exterior y colonial, que en aquellos tiempos era casi lo mismo, estaba la preservación y aumento de las posesiones de España en ultramar, siguiendo la dinámica marcada desde Londres y París en materia de acción exterior y expansión colonial.

Lo que hoy conocemos como Pequeño Imperio Español lo integraban tres importantes colonias caribeñas, destacando entre ellas la colonia de Cuba, más lo ya citados territorios de Asia Oriental, del Pacífico y Golfo de Guinea. Estas posesiones, en sí mismas, no eran en ningún caso despreciables.

En La Habana se comercializaba la principal producción azucarera del mundo. Los ingenios cubanos nutrían de azúcar de caña a buena parte de las mesas del planeta, convirtiendo a los plantadores cubanos en un grupo económicamente privilegiado y, por extensión, a España en una nación con posibilidades, ya que se enriquecía con el oro dulce que fluía de los ingenios españoles del Caribe. Una colonia fiel, que no se había visto gravemente afectada por la fiebre emancipadora que Bolívar, Sucre, San Martín... habían desencadenado en el continente. Hasta 1868, con el comienzo de la guerra civil combatida en un escenario tropical, la Guerra de los Diez Años, y que se zanjó con la victoria militar y política del rey soldado Alfonso XII, nadie ponía en duda la españolidad de Cuba y de Puerto Rico.

Los ojos de España estaban obsesivamente fijos en el Caribe por su riqueza azucarera y tabaquera, pero no por ello las casi olvidadas pero exten-

sas, y con potencial económico infinito, Filipinas y los islarios del Pacífico dejaban de formar parte importante del patrimonio de Isabel II. Las posesiones de ultramar seguían siendo uno de los principales activos a cuidar de la Corona española, deseadas por unas potencias listas para arrebatarlas a la menor oportunidad. Aunque es necesario decir que la riqueza cubana, el poder de la oligarquía de plantadores, la sacarocracia, hizo que la riqueza enorme de las Filipinas fuese infraexplotada por todos los gobiernos madrileños del siglo XIX. La distancia entre la Península y Manila fue determinante. Ni siquiera la llegada del barco de vapor y la apertura del canal de Suez pudo aminorar el desconocimiento, olvido, sensación de lejanía y abandono que la clase política madrileña tuvo, salvo contadas excepciones, hacia las Filipinas y, qué decir tiene, sobre los archipiélagos españoles del Pacífico.

Para O'Donnell la conservación de las colonias era algo incuestionable, pero además en su proyecto político estaba –al igual que en el de los gobiernos de Londres y de París– la ampliación de las posesiones de España en ultramar y la explotación de sus riquezas, siguiendo el ejemplo que hacían que otros europeos metropolitanos viesan mejorar sus niveles de vida gracias a la explotación colonial.

Los motivos que llevaron a la Unión Liberal a tener como uno de sus objetivos la acción exterior de prestigio y colonial no coinciden en su totalidad con los análisis de la historiografía anglosajona, con los estudios, ya clásicos, de Fieldhouse⁵ sobre los motivos de la expansión colonial y los de D.R. Headrick⁶ sobre los medios materiales que permitieron esta expansión, ya que podemos considerar que no se ajustaban, en la mayor parte de su postulados, al caso de la España de O'Donnell. En su modestia de medios y por distintos motivos la España de mediados del siglo XIX aspiraba a mantener y, en ciertos momentos, a acrecentar las posesiones de la Corona en ultramar por algunas de las razones que cita Fieldhouse – económicas y de prestigio–, aunque con muchos menos medios materiales de los estudiados por Headrick.

El instrumento fundamental para desarrollar la acción exterior de la Unión Liberal fue la existencia de unas fuerzas armadas, ejército de tierra y armada, razonablemente poderosas y eficientes, sustentadas por una hacienda pública capaz de afrontar los gastos de una acción militar exterior limitada. Todo esto con el apoyo de una población dispuesta a arrostrar con cierta decisión y patriotismo los riesgos de unas siempre inciertas campañas militares en ultramar.

⁵ FIELDHOUSE, D.K.: *Economía e Imperio*, Siglo XXI, Madrid 1977.

⁶ HEADRICK, Daniel R.: *Los instrumentos del Imperio. Tecnología e Imperialismo europeo en el siglo XIX*, Altaya, Madrid 1998.

Para algunos autores el gobierno O'Donnell "se benefició de esta desamortización (Madoz), que, como es sabido, afectó a otros ámbitos además del eclesiástico"⁷ permitiéndole afrontar sus planes de gobierno. El convenio firmado por Río Rosas y el cardenal Antonelli permitió normalizar la situación de España con la Santa Sede, calmar a amplios sectores de la opinión pública católica, sin tener que devolver a la Iglesia española las propiedades expropiadas. Posibilitó que los bienes expropiados a la Iglesia española fuesen conmutados por inscripciones intransferibles de deuda al tres por ciento (3%), lo que supuso un éxito hacendístico enorme. O'Donnell logró liquidez para sus proyectos al tiempo que se acercaba al Vaticano en unos momentos en que las tensiones entre Piamonte, Austria y el Pontificado estaban en plena ebullición y la opinión pública de los católicos españoles muy alterada.

La endémica falta de tesorería que arrastran de siempre los Gobiernos españoles, no había cambiado totalmente cuando subió O'Donnell, aunque había logrado subsanar en algo el problema. Estas carencias no impidieron que O'Donnell afrontase sus proyectos de acción exterior; así en la expedición anglo-franco-española a Méjico la fuerza militar mejor preparada fue la comandada por Prim, situación que raramente se repetiría.

A pesar del, relativamente, poco tiempo en el que estuvo en el gobierno la Unión Liberal se pudo desarrollar una acción exterior y colonial coherente con sus capacidades y en la línea de actuación marcada por las naciones más activas de su tiempo. No podemos olvidar que la actuación de la Unión Liberal seguía la misma línea de coherencia y compromiso que dos décadas después desarrollara la España de Cánovas del Castillo, línea de acción exterior interrumpida entre 1860 y hasta la llegada de Alfonso XII, de la mano de Cánovas, en diciembre de 1874 y que se prolongaría hasta la muerte del político conservador en 1897. Un sueño de restauración de una grandeza pasada que quizás hoy pueda parecer excesivos pero que no se puede decir que fueran imposible.

Lo que algunos autores han dado en llamar "política de prestigio" tuvo como principales actuaciones la expedición a Cochinchina entre 1858 y 1862, Guerra de África, entre octubre de 1859 y abril de 1860, la expedición a Méjico en 1862, la recuperación de Santo Domingo en 1861⁸ que terminó con una nueva guerra y, finalmente, la Guerra del Pacífico de 1865⁹. Todas

⁷ MARTINEZ, Mateo: "Sobre la paz y la guerra en la etapa de la Unión Liberal (1858-1863), en *Revista Hispanoamericana*. Publicación digital de la R.A.H.A. de C., A. y L., 2014, nº 4, p.140.

⁸ La guerra de Santo Domingo comenzó en 1863 y se prologó hasta 1865. O'Donnell volvió al poder en junio de 1865 hasta junio de 1866.

⁹ Provocada por unos incidentes de 1863 en la Hacienda de Talambo que provocó la ocupación de las islas Chinchas en abril de 1864. El *4 de febrero de 1865*, en el puerto de Cádiz, al mando

ellas, salvo la Guerra del Pacífico y la expedición a Méjico, fueron conflictos ultramarinos con el objetivo, más o menos realista, de lograr alguna posesión colonial al tiempo que un mejor posicionamiento en el ranking de las naciones “civilizadas” de su época. Como se puede apreciar se hicieron más actuaciones de las segundas que de las primeras y, fundamentalmente, aunque no siempre, por iniciativa del gobierno español de la Unión Liberal; unas campañas militares que evidencia la decisión del Gobierno de Madrid por lograr que España recuperase su peso internacional y obtuviese nuevas posesiones coloniales en la línea de otras naciones de su entorno. Pero una cosa era querer y otra poder.

La acción exterior de España en tiempos de la Unión Liberal

1.- La expedición a Cochinchina.

A mediados del siglo XIX el interés real de España por los importantísimos sucesos que estaban ocurriendo en el Lejano Oriente eran muy escasos, a pesar de tener la que seguramente era la más rica y extensa posesión colonial entre todos los territorios que tenían los europeos en aquella parte del mundo. La lejanía, incomunicación, falta de población peninsular en las Filipinas y escasa capacidad mercantil por parte de los españoles y por el Estado para sacar fruto a aquellos territorios -sin olvidar la fijación de gobiernos y ciudadanos por la isla de Cuba- hacían que el archipiélago filipino fuese un tesoro olvidado y que las acciones emprendidas por varios gobiernos europeos para lograr la apertura de China, Japón y de todo el Extremo Oriente fuese algo muy alejado de los planes para su acción exterior de España.

La lejanía entre la Península y las Filipinas, separadas por un viaje de más de cuatro meses en el mejor de los casos, hizo, a pesar de la importancia que estaba tomando la cuestión de Extremo Oriente, como

del capitán de navío *Casto Méndez Núñez*, partió la fragata blindada *Numancia*. En Madrid, tras dos años de gobiernos *moderados*, regresó al poder el general O'Donnell, cuyo gabinete envió instrucciones precisas al vicealmirante Pareja: “Reparaciones y saludo a la bandera. Si se negaran, ruptura de relaciones y ultimátum. Si aun así Santiago persistiera en su actitud, bloqueo de los puertos. Finalmente, si Chile continuara sin atender las exigencias españolas, hostilizar *Valparaíso* o *Lota*”. El almirante Pareja dio cuatro días de plazo al gobierno chileno. Ante la negativa chilena, el Comandante General de la Escuadra del Pacífico declaró toda la costa chilena en estado de bloqueo el 24 de septiembre de 1865. Aunque, debido al escaso número de los buques españoles, el bloqueo se redujo a *Coquimbo* y *Caldera*. En respuesta a la decisión de Pareja, Chile declaró la guerra a España el día siguiente.

consecuencia de la Primera Guerra del Opio, que en Madrid no se diese la importancia y valor que tenía el islarío español de Filipinas y las islas del Pacífico. A pesar de todo, durante la etapa de la Unión Liberal, se emprendieron algunas actuaciones encaminadas al mantenimiento y extensión de la soberanía española en el islarío filipino. Éstas, dentro de la colonia, se centraron en vencer la resistencia de tulisanes, moros joloanos y contra los igorrotes.

La pequeña guarnición española en Filipinas, la enormidad de la colonia -más de siete mil islas más los archipiélagos de Marianas, Carolinas y Palaos- y la escasa tesorería de la Hacienda de Madrid y Manila hizo que, salvo excepciones, los capitanes generales de Manila fuesen abiertamente contrarios al inicio de cualquier nueva aventura colonial en el Lejano Oriente. Llegaron, incluso, a desprestigiar la oferta de las autoridades portuguesas de Macao de entregar la soberanía de la plaza a España, ofrecimiento que fue rechazado por las autoridades de Manila y Madrid.

En agosto de 1857 llegaron noticias a Macao de la suerte del obispo español Díaz Sanjurjo en el actual Vietnam. El 17 de enero de 1858 comunicaba a Madrid el Capitán General de Filipinas el asesinato del obispo Díaz Sanjurjo. El ministro de Asuntos Exteriores galo Conde Walewski había solicitado al ministro de Estado español Martínez de la Rosa apoyo para iniciar una acción militar conjunta contra la monarquía annamita.¹⁰ El propio Napoleón III, y la emperatriz Eugenio de Montijo, mantuvieron una entrevista privada en París con el subsecretario del ministerio de Estado español Comyn y el embajador de España Duque de Rivas para solicitar la colaboración de 2.000, o al menos 1.500, soldados de la guarnición de Filipinas¹¹ en una expedición de castigo contra el reino de Annam responsable de la muerte de varios religiosos españoles y franceses, así como de numerosos católicos anamitas. Francia ya estaba decidida a intervenir, en su deseo de lograr una posesión en los mares de China, e invitaba a España a que colaborase con la excusa de la defensa de los misioneros y de la fe católica. La base de Filipinas y la existencia de su guarnición, relativamente numerosa, llevó a Francia a acercarse al gobierno español aunque sin señalar abiertamente cuales eran sus verdaderas intenciones.

En abril de 1856 se había creado una comisión para estudiar los derechos de Francia sobre la Cochinchina sobre la base del tratado firmado en Versalles el 28 de noviembre de 1787. Renouvin en su libro *La cuestión de Ex-*

¹⁰ Diario Sesiones de las Cortes de 1 de diciembre de 1857.

¹¹ TOGORES, Luis E.: *Extremo Oriente en la Política Exterior de España*, Prensa y Ediciones Iberoamericanas S.L., Madrid 1997, p. 20.

*tremo Oriente*¹² sostiene como ya en el verano de 1857 Napoleón III y el Conde Walewski habían trazado un plan de actuación galo sobre China y Annam.

El 12 de diciembre el embajador de España en París recibe las instrucciones para comunicar al gobierno galo la decisión de España de actuar conjuntamente con Francia en Annam por causa de la petición de colaboración gala. La solicitud fue hecha sin más precisiones, ya que los franceses no quisieron desarrollar la naturaleza de esta intervención conjunta. Ambas naciones se prepararon para realizar una acción militar en territorio annamita sobre el difuso acuerdo de una intervención armada en la defensa de los intereses de los católicos en el país.

A finales de diciembre de 1857 desde Madrid se dieron órdenes al Capitán General de Filipinas para que organizarse un cuerpo expedicionario de tropas de tierra y que se le dotase de varios buques del Apostadero de Manila, para intervenir en Annam. En esta época gobernaba el marino de guerra Francisco Armero al que seguiría un gobierno moderado de Francisco Javier Isturiz antes de llegar al poder en junio de 1858 un gobierno O'Donnell.

El gobierno español dejó pasar once meses antes de retomar las implicaciones de lo acordado con Francia, unos acuerdos repletos de lagunas en materia de objetivos, resultados, gastos y posibles beneficios de la actuación. La única excusa posible fue que, en el breve paso de doce meses, se produjeron cuatro cambios de gobierno en Madrid.¹³

Hasta finales de noviembre de 1858 no se reanudaron los contactos entre Madrid y París, siendo ahora embajador Alejandro Mon y ministro de Estado Saturnino Calderón Collantes. Ya en estos momentos el gobierno O'Donnell se plantea los beneficios que puede obtener España de su participación: cesión de territorios, indemnización de guerra, etc. Preguntado el embajador Mon sólo pudo decir que carecía de información de lo hablado entre España y Francia con anterioridad y que "V.E. la promesa formal del Gobierno francés de que cualquiera que sean los resultados que se obtengan por consecuencia de esta expedición, si hay en ellos ventajas, serán iguales en calidad y en condición para ambas naciones".¹⁴

En febrero de 1859 el embajador francés solicita la aportación de un contingente naval, por lo que se ordena a Mon que cierre el tema sobre las compensaciones para España que se deriven de esta la intervención militar

¹² RENOUVIN, Pierre: *La question d'extrême-orient 1840-1940*, Librairie Hachette, París 1946.

¹³ El 15 de octubre de 1857 Armero sustituyó a Narváez, el 14 de enero de 1858 se formó el gobierno Isturiz, para llegar O'Donnell y la Unión Liberal el 30 de junio de 1858.

¹⁴ Diario de Sesiones de las Cortes de 31 de diciembre de 1862.

conjunta, pero Walewski da largas al asunto y sigue sin concretar las condiciones de la operación.

El 1 de septiembre de 1858 fuerzas franco-españolas habían desembarcado en Tourane (Da Nang) para, tras fracasar en sus objetivos, reembarcar en febrero de 1859 rumbo a Saigón. De la toma de esta ciudad se obtuvo un enorme botín que quedó exclusivamente en posesión de los franceses. La intervención duró, con muchas vicisitudes, hasta la firma del tratado de junio de 1862.

El 31 de julio de 1861 desde el ministerio de Estado del gabinete O'Donnell se ponía de manifiesto el deseo de España de conseguir una rica posesión colonial en el actual Vietnam, concretamente se pensaba en la provincia de Nam-Dinh en el Tonkín y las correspondientes indemnizaciones económicas por los costes que había implicado la actuación militar de España en el campaña de Cochinchina. Escribía el ministro Calderon Collantes a su embajador en París: “(...) haga V.S. presente al expresado Sr. Ministro, que no habiendo dado conocimiento el Gobierno del Emperador al de la Reina, de sus relaciones, ni de sus actos en toda esta cuestión, falta el concierto indispensable entre dos potencias que han cooperado franca y enérgicamente a un mismo objeto; y que por lo tanto importa que este acuerdo se establezca, dando el Gobierno Imperial la seguridad, que la España tiene derechos a exigir, de que sus armas y su representante en las negociaciones que puedan establecerse, contribuirán a que el Gobierno de la Reina obtenga por su enérgica acción en el territorio que reclamen en el Tonkín central, y las ventajas e indemnizaciones correspondientes a los grandes sacrificios que ha hecho”.¹⁵

El tratado de paz se firmó el 5 de junio de 1862 en Saigón, teniendo aún O'Donnell algunas expectativas de lograr una nueva colonia para España en Tonkín. Francia había sembrado ya la semilla de lo que luego sería la Indochina francesa, mientras que España, finalmente, sólo obtuvo una pequeña indemnización económica que se cifró para las dos potencias juntas en 400.000 dólares, siendo cada dólar equivalente a 0'72 tael de plata. Los últimos españoles regresaron a Manila en abril de 1863, tras la ratificación de este tratado. En 1885 España aún no había terminado de cobrar la deuda que Annam, a través de sus pagos a Francia, le adeudaba. Una cantidad enorme de dinero que, por culpa de los intereses, se había elevado a más de un millón de dólares.

España no obtuvo un beneficio acorde a la importancia de su participación. La cuestión de Italia (1849-1865) y la guerra de África (1859-1860) fueron, para algunos autores, las que provocaron la incapacidad de España de sacar beneficio la cuestión de Cochinchina, en lo que no estamos

¹⁵ PALANCA, C.: *Reseña histórica de la Expedición de Cochinchina*. Miraguano Ediciones, Madrid, 2015 p. 222 y 223. Hace referencia al despacho del ministro de Estado a Palanca de 31 de julio.

plenamente de acuerdo. O'Donnell, bajo presión de la falta de interés de los capitanes general de Manila y de las presiones antillanas de la sacrocracia cubana, fue incapaz de sacar el fruto que sus intenciones y acción exterior le daban derecho en el futuro Vietnam. Una Francia, con objetivos muy claros, logró que la Unión Liberal quedase en evidencia en este tema, aunque la opinión pública y la clase política española no se apercebieron de la oportunidad perdida y la debilidad que ya evidenciaba, a finales de 1862, el gobierno unionista. Los escasos medios invertidos en la expedición, aunque resultaron fundamentales para su éxito, provocaron que nadie en Madrid fuese consciente de lo que realmente había ocurrido en Vietnam y las posibilidades que con la paz de 1862 se abrían para Francia en Indochina.

2.- La cuestión de Italia.

Desde 1848, fecha en la que se proclamó la República Romana, el gobierno español barajaba la posibilidad de intervenir en Italia en favor de la causa temporal del Papa. El envío de una expedición militar de ocho mil hombres en 1849 no sirvió para arrebatar la iniciativa en la cuestión de Roma a franceses y austriacos.

En la década siguiente la Península Italiana entró de nuevo en erupción, estando Napoleón III y el nacionalismo italiano expansionista de los Saboya en el mismo bando y, por tanto, estando la España de la Unión Liberal teóricamente alineada con Francia en muchas cuestiones aunque enfrentadas en otras.

Ante del reinicio de un nuevo conflicto italiano el gabinete O'Donnell anunció que España adoptaría la neutralidad armada, reservándose el derecho de rechazar cualquier modificación de los acuerdos de Viena en relación a Italia. España no podía abandonar a los Borbones italianos y, sobre todo, al Papa por voluntad expresa de Isabel II y de la opinión pública española mayoritaria y fervientemente católica.

La guerra de África, la aventura militar más popular de su tiempo, abrió la posibilidad de dejar la cuestión de Italia en un lugar secundario. La reina Isabel II, en su discurso al Parlamento de 26 de mayo de 1860, no dedicó una sola palabra a la cuestión de Italia.

Cuando O'Donnell regresó de la guerra de Marruecos los sucesos de Italia habían evolucionado en contra de las posiciones políticas defendidas por España. Ni el incumplimiento de lo acordado en los tratados de Villafranca y Zurich, ni la presiones de la Santa Sede sobre la Corte de Madrid, ni los intereses dinásticos, ni la invasión de los Estados Pontificios y del

Reino de las Dos Sicilias por Garibaldi empujaron a O'Donnell a abandonar su forzada neutralidad para embarcarse en una aventura exterior condenada al fracaso.

En estas fechas Napoleón III, entre julio y septiembre de 1860, insinuó la posibilidad de volver a incluir a España en el selecto club de las grandes potencias. El 7 de agosto de 1860 el ministro de asuntos exteriores galo Thouvenel hizo llegar una nota a su embajador en Madrid, Conde de Persigny, que éste presentó al gobierno español, en la que ofrecía el apoyo francés para incluir a España entre las grandes potencias. Por lo que sabemos O'Donnell no se tomó verdadero interés en la propuesta francesa, pensado que era más una maniobra del siempre manipulador Napoleón III que una propuesta verdaderamente seria. En una entrevista de O'Donnell con el nuncio Barili afirmó que no creía que fuese útil a España verse mezclada en todas las cuestiones más complicadas de Europa. La Unión Liberal, con pragmatismo, en el interior predicaba la grandeza recuperada de España mientras, como vemos, en el exterior asumía riesgos en su "política de prestigio" pero sólo en aquellos casos en que las posibilidades de éxito y sus réditos resultaban aceptables.

El Gobierno español puso de manifiesto ante Francia y Austria su deseo de que el Papa conservase su poder temporal y que los Borbones de Nápoles no perdiesen su reino, llegando incluso a pedir la intervención de las tres potencias católicas contra los Saboyas, una petición sin ningún recorrido como muy bien sabía O'Donnell. En Madrid se conocía la frustración que en los planes de Napoleón III para Italia había producido la decidida actuación de la Casa de Saboya para lograr bajo su mano la unidad de toda Italia, pero si Napoleón en pleno apogeo de su poder no se había decidido a atajar los sueños de unidad de los italianos, menos podía hacer la España de la Unión Liberal. Cualquier acción productiva en Italia para proteger los intereses de los Borbones o los derechos temporales del Papa llevaba aparejada el apoyo e iniciativa por parte de Francia y sin posibilidad de concertarse con los austriacos.

3.- *La Guerra de África.*

En 1859 se produjeron los incidentes en las afueras de Ceuta que llevarían a la guerra con el sultán de Marruecos, una guerra que gozo de un fuerte sentimiento de apoyo patriótico entre los españoles que redundó en beneficio del Gobierno. Una guerra que Pirala en su *Historia Contempo-*

*rána*¹⁶ ha señalado que sirvió para distraer a la clase política española de sus constates rencillas internas gracias a la existencia de un proyecto bélico nacional aglutinador. España declaró la guerra el 22 de octubre de 1859 al Sultán enviando un cuerpo expedicionario de 45.000 hombres con el propio jefe de gobierno al frente de la fuerza.

Una guerra similar, cronológicamente anterior, que se produjo también por aparentes motivos de prestigio, fue la Guerra del Asiento conocida también como Guerra de la Oreja de Jenkins. El apresamiento en las costas de *Florida* por el guardacostas español *La Isabela* del navío contrabandista inglés *Rebecca*, capitaneado por el pirata *Robert Jenkins*, en 1731 fue la causa. Según el testimonio de Jenkins ante la *Cámara de los Comunes* en 1738,¹⁷ el capitán español *Juan León Fandiño*, que apresó su buque, le ató al mástil de su propio barco y de un certero tajo con su espada le cortó una oreja al tiempo que le decía —según el testimonio del inglés—: «Ve y di a tu rey que lo mismo le haré si a lo mismo se atreve», para luego ponerlo en libertad. En su comparecencia, Jenkins denunció el caso con la oreja en un frasco y, al considerar la frase de León Fandiño como un insulto al monarca británico, la oposición forzó al Gobierno a pedir una indemnización de 95.000 libras, a lo que España se negó. Walpole se vio obligado a declarar la guerra a España el 23 de octubre de 1739.

Visto con la perspectiva que da el tiempo, más de siglo y medio después, sólo hizo que seguir las directrices que naciones como Inglaterra o Francia estaban desarrollando en situaciones similares; una campaña parecida, por motivos que podríamos considerar de prestigio¹⁸, fue la emprendida por Gran Bretaña en 1867/8 para someter al rey Teodoro II de Abisinia mediante un cuerpo expedicionarios mandado por sir Robert Napier entorno a los cuarenta mil hombres.

El pueblo y la Iglesia apoyaron sin dudas la guerra, entendiéndola como una nueva cruzada, ya que el ultraje inferido a la bandera española se consideró como una gravísima injuria, lo que confería una enorme carga de

¹⁶ PIRALA, Antonio: Historia contemporánea. Segunda parte de la guerra civil. Anales desde 1843 hasta el fallecimiento de Don Alfonso XII. Imprenta de Felipe Rojas, Madrid 1892-1906, tomo I, p. 808.

¹⁷ Parte de una campaña belicista por parte de la oposición parlamentaria en contra del primer ministro *Walpole*.

¹⁸ En 1862, el rey Teodoro II escribió a la reina Victoria para proponerle una alianza total contra el Imperio Otomano. El rechazo del *Foreign Office* irritó a Teodoro II, que retuvo y luego encerró en prisión al cónsul británico Cameron y varios europeos en 1866. La diplomacia occidental, encabezada su delegación por el otomano Hormuzd Rassam, fue encarcelada posteriormente, no pudiéndose obtener su liberación por lo que fue enviada la fuerza expedicionaria de Napier.

justicia a esta guerra pues obligaba a reparar los insultos hechos a la patria y a la fe¹⁹.

La Iglesia se volcó en la guerra y en apoyar la figura de O'Donnell, tanto por su calidad de jefe de un gobierno católico y general en jefe de la fuerza expedicionaria, como por su éxito al normalizar las relaciones entre el Estado español y el Pontificado.

El conflicto armado duro cuatro meses y en el mismo intervino un cuerpo expedicionario que partió de Ceuta²⁰. Las victorias en las batallas de los *Castillejos*, de *Tetuán* -población que fue tomada el 6 de febrero de 1860 y que le valió a O'Donnell el título de duque de Tetuán- y la de *Was Ras* del 23 de marzo despejaron el camino hacia Tánger y hacia el final de la guerra. Unas victorias que fueron magnificadas por la prensa en toda España, sucesos que alentaron el patriotismo español y el apoyo a las actuaciones de la Unión Liberal. El corresponsal del diario *La Iberia*, *Núñez de Arce*, escribió en una de sus crónicas: “El cielo me ha proporcionado la dicha de ser testigo de la empresa más grande, más heroica que ha acometido y llevado a feliz término nuestra querida España desde la gloriosa guerra de la Independencia”²¹.

Por toda España aparecieron plazas, calles y barrios -el barrio de *Tetuán de las Victorias* en *Madrid*, la *plaza de Tetuán* y la calle *Wad-Ras* en *Barcelona*; o la plaza de Tetuán en *Valencia*- y monumentos públicos como el levantado al general *Juan Prim* en Reus, su ciudad natal, en recuerdo de esta guerra victoriosa y muy popular. Fruto de este fervor patriótico, acrecentado por la decidida participación de voluntarios catalanes en la campaña, por lo que la *Diputación de Barcelona* encargó al pintor *Mariano Fortuny* -nacido en *Reus* como el general Prim- una serie de cuadros basados en los bocetos que había hecho el pintor durante su visita a los principales escenarios de la guerra, entre los que destaca el cuadro de gran formato y

¹⁹ El periódico carlista *La Regeneración* publicaba al respecto: “La campaña de África entusiasmo al pueblo, la paz le puso de mal humor, pero, en fin, más vale composición que buena sentencia. Dijeron que el Ejército se portó bien, pero la dirección de la guerra fue malísima. O'Donnell niega lo último, y como militar le suponemos competente: tendrá razón, porque al fin y al cabo es persona imparcial en el asunto. Los moros ofrecieron 400 millones en breve plazo, el plazo se concluyó y los millones no han venido. Pero vendrán; según las últimas noticias. Mientras, Tetuán sigue ocupada por nuestras tropas: los gastos de ocupación los pagarán los moros y si no, los pagaremos nosotros...” (2 de enero de 1861).

²⁰ Una fuerza mal preparada y dirigida para algunos autores lo que, según ellos, explica que de los aproximadamente 4.000 muertos españoles, dos tercios no murieran en el campo de batalla, sino que fueran víctimas del *cólera* y de otras enfermedades. Un hecho que era normal en campañas militares como la franco-británica de Crimea.

²¹ FUENTES, J.F.: *El final del Antiguo Régimen (1808-1868)*, Síntesis, Madrid, 2007, p. 216.

visión panorámica titulada *La Batalla de Wad-Ras*, que le costó varios años terminar.

Se firmó el *Tratado de Wad-Ras* en Tetuán el 26 de abril, tras un *armisticio* de 32 días, en el que se declaraba a España vencedora de la guerra y a Marruecos perdedor y único culpable de la misma. El tratado acordaba que *España* ampliaría los territorios que rodeaban a *Ceuta* y *Melilla* a perpetuidad; el cese de las hostilidades y ataques sobre Ceuta y Melilla; *Marruecos* reconocía la soberanía de España sobre las *islas Chafarinas* e indemnizaba a España con 400 millones de *reales* quedando Tetuán bajo administración temporal de España hasta que se saldase esta deuda; España recibía el territorio de Santa Cruz de Mar Pequeña (luego de *Sidi Ifni*) para establecer una pesquería. Esta paz fue calificada por algunos periódicos como de «paz chica para una guerra grande» argumentando que O'Donnell debía haber conquistado Marruecos, aunque desconocían el pésimo estado en que se encontraba el ejército español tras la *batalla de Wad Ras* y que los deseos expansionistas del gobierno español habían sido impedidos por la potencia hegemónica de la época Gran Bretaña.

O'Donnell afirmó que España estaba llamada a dominar una gran parte del África, pero la empresa requeriría al menos un cuarto de siglo. El tratado comercial firmado con Marruecos acabó beneficiando más a Francia y a Gran Bretaña, con industrias muchos más pujantes y competitivas, con mayor proyección en materia de comercio exterior, y el territorio de Ifni no sería ocupado hasta setenta años después. Un vez más, como en Cochinchina, se hizo lo difícil y fue la diplomacia de una nación débil en política internacional la que no pudo sacar el rédito que, seguramente, merecía. El pecado de la Unión Liberal fue pensar que el derecho que daba la fuerza estaba por encima de la *real politik*.

4.- *La aventura mejicana.*

La Guerra de Secesión paralizó temporalmente a los Estados Unidos en la aplicación de su incipiente pero decidida Doctrina Monroe. Desde la guerra de 1848 contra los Estados Unidos Méjico se hallaba en una situación crítica. En 1855 se había iniciado una guerra civil entre los liberales anticlericales de Benito Juárez y los conservadores católicos, siendo la principal cuestión a debate el proyecto de Juárez de desamortización de los bienes de la Iglesia.

El gobierno conservador de Miramón fue derribado por Juárez en 1860 y llevó a los emigrados mejicanos en Europa a plantear el estableci-

miento de una monarquía en su patria como sistema para poner fin al conflicto. Méjico ofrecía a las potencias una enorme riqueza minera que la guerra civil impedía explotar. Señala Renouvin que el pretexto para la intervención era fácil: “los europeos establecidos en Méjico -españoles principalmente, pero también franceses e ingleses- sufrían daños, originados por la guerra civil, y solicitaban de sus respectivos gobiernos que apoyasen sus demandas de indemnización; por otra parte, el Estado mejicano había contraído en el extranjero una deuda, cuya suerte era precaria, pues Juárez no quería reconocer los empréstitos realizados por Miramón”.²²

El impulsor de la intervención en Méjico fue Napoleón III por sus puestos motivos religiosos, por los intereses de los acreedores franceses y por las posibilidades de negocio en el campo minero y mercado para las exportaciones galas que Francia podía obtener, siendo la solución monárquica la que aseguraría el buen desarrollo del proyecto y, pensaba, baja influencia gala. A principios de 1861 Napoleón III consideró oportuno sumar a España y a Inglaterra a su proyecto. Esta intervención a tres haría imposible cualquier protesta de los Estados Unidos.

El gobierno español no podía olvidar que había dominado Méjico y algunos sectores minoritarios soñaban con la restauración de la monarquía en beneficio de un príncipe emparentado con la familia real española. El gobierno inglés deseaba la caída de Juárez, amigo de los Estados Unidos desde 1859, y quería que se pagasen los créditos de sus súbditos, pero no deseaba defender los intereses del clero mejicano y menos establecer una monarquía, ya fuese con influencia francesa o española.

Durante la guerra civil entre liberales y conservadores que conocemos como la Guerra de Reforma en Méjico España reconoció al gobierno conservador de Miramón que, finalmente, sería derrotado por los juaristas en diciembre de 1860. Al final de la guerra las arcas mejicanas estaban vacías, por lo cual el gobierno victorioso decretó la venta de los bienes nacionalizados del clero, que no resultaron suficientes para hacer frente a los gastos y deudas de la República. Esto llevó a Juárez, el 17 de julio de 1861, a declarar una moratoria de los pagos de la deuda externa formalizada con España, Francia e Inglaterra, decisión que marcó el comienzo de todo el proceso de intervención tripartita.

El 6 de septiembre de 1861, el embajador español en París, Alejandro Mon, advirtió a su Gobierno sobre las intenciones de franceses e ingleses de apoderarse de las aduanas de Veracruz y Tampico a fin de asegurarse el cobro de los créditos que México no les iba a satisfacer. Un proyecto que

²² RENOUVIN, P.: *Historia de las Relaciones Internacionales*, Akal, Madrid, 1982, p. 279.

obligó a España a no quedar rezagada en el camino de una posible intervención para rescatar las indemnizaciones requeridas. Por ello, O'Donnell anunció a los Gobiernos de Londres y París su decisión de actuar en México, conjuntamente o en solitario, en cuanto fuese posible.

En España ya se había barajado la posibilidad de algún tipo de intervención en Méjico como consecuencia de la muerte de varios españoles en 1857, llegando algunos sectores políticos españoles a exigir la guerra. Prim, casado con una mejicana²³, senador, se opuso a estas peticiones en un discurso en la Cámara Alta. La victoria de Juárez hizo que el tratado Mon Almonte de 14 de diciembre de 1859, que parecía haber abierto las puertas al entendimiento pacífico hispano mexicano, quedase en nada con la definitiva derrota de los conservadores en 1860.

La convención franco-anglo-española de Londres de 31 de octubre de 1861 decidió únicamente el envío de una expedición militar para obligar al gobierno mejicano a respetar los bienes de los extranjeros. Los objetivos de lo acordado se resumen en sus artículos 1 y 2:

Artículo 1º. S.M., la Reina del Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda, S.M. la Reina de España y S.M. el Emperador de los franceses, se comprometen a adoptar inmediatamente después de que sea firmada la presente convención, las medidas necesarias para enviar a las costas de Méjico fuerzas combinadas de mar y tierra, cuyo efectivo se determinará en las comunicaciones que se cambien en lo sucesivo entre sus gobiernos, pero cuyo conjunto deberá ser suficiente para poder tomar y ocupar las diversas fortalezas y posiciones militares del litoral mejicano...

Artículo 2º. Las partes contratantes se comprometen a no buscar para sí, al emplear las medidas coercitivas previstas por la presente convención, ninguna adquisición de territorio ni ventaja alguna particular, y a no ejercer en los asuntos interiores de Méjico ninguna influencia que pueda afectar el derecho de la nación mejicana, de elegir y constituir libremente la forma de su gobierno.

Pero las tres potencias signatarias perseguía fines distintos. Inglaterra sólo quería el pago de lo que se le adeudaba, consciente de que los Estados Unidos no permitirían adquisiciones territoriales siguiendo la Doctrina Monroe enunciada en 1823¹, por lo cual solamente aportó 800 hombres a la fuerza conjunta de intervención. En cambio, Francia ambicionaba no sólo el pago de la deuda, también quería establecer en Méjico una monarquía alia-

²³ Su esposa Francisca Agüero y González Echeverría estaba emparentada con José González Echeverría que formaba parte del gobierno liberal de Benito Juárez. Más concretamente, la esposa de Prim pertenecía a una de los linajes mexicanos más acaudalados, dedicada al crédito y a la explotación de las minas de plata en Zacatecas.

da para asegurarse materias primas y mercados para la industria francesa, incluso llegó a esgrimir el propósito de “defender la raza y cultura latinas de la expansión norteamericana”²⁴. España, además del pago de la deuda, pretendía reafirmar su prestigio perdido como antigua dueña de gran parte de América y consolidar su soberanía sobre Cuba y Puerto Rico, aunque algunos soñaban, sueño imposible ya señalado, con establecer un miembro de la familia de Borbón en el trono mejicano.

El número de soldados enviados por España a Méjico estuvo en torno a los 5.600 junto a los 2.400 de Francia y 800 de Inglaterra. Además España aportaba el conocimiento y las relaciones de todo tipo que le unían a Méjico, lo que la convertían, y así lo reconocieron sus colegas francés e inglés, en el representante principal del tripartito ejército expedicionario europeo.

El 10 de enero de 1862, en Veracruz, los representantes de Inglaterra, Charles Lennox Wyke, de Francia, el contralmirante Jurien de la Gravière y el general Prim, jefe del cuerpo expedicionario español, fijaron los principales objetivos de su presencia en Méjico. Las discrepancias de criterios entre los tres países lastró, desde el principio, la capacidad negociadora efectiva de los expedicionarios. Los representantes de Juárez vieron con sorpresa, y alivio, en la requisitoria que se les presentó el 14 de enero de 1862 que los ejércitos expedicionarios exponían de forma muy moderada sus reivindicaciones, mostrándose dispuestos a la negociación; además, percibieron que el tripartito carecía de unidad de acción.

Prim desde su llegada a Veracruz trabajó de manera incansable para buscar una solución política a la crisis, para lo que tenía a su favor su buen conocimiento del país y sus relaciones personales en Méjico; por medio del correo y gracias a la intercesión de su tío político, González Echevarría, mantuvo desde un principio un diálogo extraoficial permanente con el Gobierno de Juárez, asegurándole el pleno respeto a la independencia y a la soberanía de Méjico. Los tres aliados sabían que sus fuerzas expedicionarias eran insuficientes para imponer su voluntad por la fuerza a Méjico.

El 19 de febrero el canciller mejicano, Doblado, autorizado por Juárez y siempre con el apoyo de González Echevarría, se entrevistó con Prim en representación de las tres naciones signatarias del Tratado de Londres en La Soledad.

En este encuentro Doblado y Prim firmaron los preliminares de la Convención de La Soledad autorizando Méjico a las tropas de los tres países europeos a alejarse de las fiebres de la tierra caliente con el compromiso de no regresar allí para el embarque hasta no lograr un acuerdo definitivo

²⁴ Napoleón III contribuyó a acuñar la expresión de América Latina frente a Hispanoamérica.

de las deudas. En esos preliminares quedaron fijados los puntos siguientes: El Gobierno de Méjico se avenía a cumplir con las reclamaciones de los aliados; las negociaciones finales serían en Orizaba; hasta que concluyeran las conversaciones, los soldados expedicionarios se desplazarían a Orizaba, Tehuacán y Córdoba, lugares más aptos para acampar y si no se llegaba a ningún acuerdo pacífico, esas tropas se retirarían nuevamente más allá de la línea de defensa que los mejicanos les permiten franquear sin combatir; los soldados enfermos, que no pudieran ser trasladados, quedarían bajo la protección de Méjico. Finalmente, y como prueba de la transacción lograda, la bandera mejicana ondearía en lo sucesivo junto a la española, la francesa y la inglesa en Veracruz y San Juan de Ulúa.

Esta Convención tenía que ser ratificada por el Gobierno mejicano y los representantes de los tres países europeos implicados, lo que no resultaría fácil, sobre todo por la actitud de los franceses cada vez más intervencionistas.

El acierto de O'Donnell al nombrar a Prim, su capacidad política y militar, junto a su recién alcanzado prestigio en España por la Guerra de África, indujeron al contralmirante La Gravière a aceptar el texto de La Soledad, muy lejano a los propósitos últimos del Gobierno de su país. Este acuerdo fue éxito indudable de la diplomacia española de la Unión Liberal.

En Francia la prensa más conservadora arremetió con dureza contra el acuerdo de La Soledad que consideraba un deshonor para el país, una traición de Prim, “vendido a los mejicanos” y una deslealtad de España²⁵. Un nuevo representante galo llegó a Méjico, Dubois de Saligny, opuesto a todo lo hablado y acordado por su antecesor.

La falta de tesorería del gobierno mejicano y la necesidad de recuperar la aduana de Veracruz llevó a Juárez a dar un decreto para imponer una contribución del 2,5 por 100 que gravaba los bienes de los españoles residentes en Méjico, al tiempo que exigía un empréstito forzoso de 500.000 pesos que deberían afrontar seis casas de crédito, tres de ellas españolas²⁶. Medidas que rebajaron notablemente el éxito diplomático español ya que,

²⁵ En la prensa parisina el clamor condenatorio fue in crescendo, llegándose a acusar a Prim de inclinarse a favor de Juárez, de apoyar a los «rojos» en contra de los «conservadores». Otros le tildaban de estar de acuerdo con el ministro juarista Doblado para proclamarse rey de México.

²⁶ Una era la casa hispano mexicana Agüero González y Cía., en la cual Prim tenía intereses directos por medio de la familia de su esposa. El canciller Doblado comunicó a Prim que la casa Agüero González había sido exceptuada del préstamo forzoso: y no sólo no debería abonar la cantidad aún pendiente, sino que incluso se le reembolsaría lo ya pagado. «Usted comprenderá -se le decía en carta- que la consideración guardada con esa casa mexicana es debida a la persona de usted».

por lo acordado, finalmente, los intereses británicos fueron los que salieron, como siempre ocurría, los mejores librados.

En Madrid, el 22 de febrero de 1862, el ministro de Estado, Calderón Collantes, informaba a Prim, gracias a las noticias del embajador español en París Alejandro Mon, que Francia aumentaría en más de 4.000 hombres sus fuerzas en Méjico de cara al proyecto de Napoleón de entronizar sí o sí a Maximiliano de Austria como nuevo emperador de Méjico. Calderón Collantes advertía a Prim que sería estúpido ayudar a la ejecución de un proyecto que no había sido concebido en interés de España, del que al igual que en Cochinchina habían sido marginados hasta que todo estaba decidido. El propio O'Donnell, en una carta de 21 de febrero de 1862 decía: «No tenemos compromiso ninguno sobre el proyecto monárquico francés» y de manera muy confidencial añadió «por mi cuenta le diré a usted que me parece un disparate pensar en una monarquía para México».

En marzo el general Charles Ferdinand Latride, conde de Lorencez, desembarcó en Veracruz al frente de 4.711 hombres con órdenes de proceder a la invasión del Méjico, junto con Juan Nepomuceno Almonte, uno de los mejicanos que habían estado trabajando en Europa en favor de la intervención extranjera y el establecimiento de una monarquía. Napoleón III ya había decidido convertir Méjico en un Imperio con el Archiduque Maximiliano de Austria como Emperador y, a ese respecto, Prim recibió un mensaje de París del propio Napoleón pidiendo la cooperación de las fuerzas españolas a su mando “para afianzar el orden en el país mejicano”.

El 9 de abril de 1862 se dio por rota la Convención de Londres. La alianza tripartita quedó finiquitada y los representantes de España e Inglaterra²⁷ siguieron negociando sus asuntos con Méjico por su parte²⁸. El capitán general de Cuba Serrano intentó que la expedición española no saliese de Méjico y se sumase al proyecto francés. Prim se apoyó en la ya mencionada carta recibida de O'Donnell en la que planteaba “impedir que España gastara sus tesoros y la sangre de sus soldados para ayudar a construir un trono para el archiduque Maximiliano”.

²⁷ Inglaterra era el mayor acreedor y sus reclamaciones las más correctas, pues desde el imperio de Iturbide los ingleses habían tomado empréstitos y la deuda para 1862 ascendía a 68.535.044,00 pesos. A España se le debían 8.917.986,00 pesos, según lo acordado en el Tratado Mon-Almonte de 1859; que el gobierno de Juárez siempre ignoró.

²⁸ En la última sesión del tripartito del 15 de abril de 1862, el delegado francés de Dubois de Saligny, anunció su apoyo a los conservadores opuestos a Juárez, y acusó a Prim de querer coronarse él mismo como Emperador. Prim rechazó estas afirmaciones y fue en ese momento cuando tomó la decisión de retirada de las tropas españolas; siguiendo su ejemplo los ingleses. Los franceses se quedaron solos.

5.- *Santo Domingo vuelve a España.*

En 1861 la república independiente, gobernada por el conservador Pedro Santana, de Santo Domingo pidió volver bajo soberanía española, ante el temor de una invasión de los ejércitos de la república negra de Haití. El país sólo llevaba 17 años de independencia. Dos años después, en 1863, comenzaba una nueva guerra de emancipación en Santo Domingo y que duraría hasta 1865, momento en que España renunció definitivamente a su soberanía sobre la isla.

Fue durante la etapa de un gobierno O'Donnell cuando la isla volvió a España, por causa de una extraña mezcla de miedo a los vecinos africanos de Haití y, en menor medida, por el prestigio internacional que había recuperado la España de la Unión Liberal.

En las Cortes española se alzó la voz premonitoria de Cánovas que sostuvo que España no debía aceptar el regreso de Santo Domingo, pero que si lo hacía tendría la obligación de defender su derecho hasta las últimas consecuencias.

El Gobierno de Madrid, no hizo caso a las palabras de Cánovas, estando únicamente preocupado por la actitud que tomaran los Estados Unidos, por entonces ocupados en una recién iniciada guerra civil y por tanto incapaces de aplicar la Doctrina Monroe. España estaba claramente alineada, igual que la práctica totalidad de naciones europeas, con la Confederación. En marzo de 1861 se produjo de firma casi simultánea la reanexión de Santo Domingo y el comienzo de la Guerra de Secesión de los Estados Unidos.

El 18 de marzo de 1861, volvió la soberanía española a la Isla y Santana se convirtió en gobernador general de la recién recreada posesión ultramarina. Este acto no fue bien recibido por todos. El 2 de mayo, el general *José Contreras* lideró una primera y fallida rebelión seguida de una invasión desde Haití de *Francisco del Rosario Sánchez*, cuyo gobierno aunque oficialmente neutral era contrario a que España regresase a la isla. Este fue capturado y ejecutado el 4 de julio de 1861. Santana renunció a su cargo de gobernador en enero de 1862.

El 16 de agosto de 1863, con el Grito de Capotillo, comenzaba una nueva guerra de emancipación en Santo Domingo. O'Donnell había dejado de gobernar el 2 de marzo de ese mismo año, siendo sustituido por un gobierno del marqués de Miraflores.

Las Cortes renunciaron a la soberanía, “convencidos por la durísima y cara guerra”, sobre Santo Domingo. El 3 de marzo de 1865 la reina *Isabel II* firmó la anulación de la anexión. El 15 de julio las tropas españolas abandonaron la isla. Gobernaba España el general Narváez, tras un brevísimo ga-

binete de Arrazola y otro más largo de Mon. No es muy improbable pensar que si O'Donnell, con Cánovas entre sus consejeros, la suerte de España en Santo Domingo habría sido seguramente muy distinta. No necesariamente mejor pero si distinta.

6.- La Guerra del Pacífico.

Cuando O'Donnell volvió al poder se encontró que entre las cuestiones pendientes que le dejaba el anterior gobierno de Javier Isturiz estaba una crisis con Perú por causa del incidente de Talambo²⁹. La represalia española al desprecio realizado por los peruanos a las peticiones españolas de justicia fue la ocupación de la isla Chíncha en 1864 lo que inicialmente se saldo con un acuerdo entre ambas naciones, siendo presidente de Perú Juan Antonio Pezet.

El vicepresidente Díez Canseco se hizo con el poder el 6 de noviembre de 1865. Durante su mandato interino, que sería muy breve, promulgo las siguientes medidas: Convocó elecciones presidenciales y una legislatura extraordinaria del Congreso; disolvió al ejército vencido; decretó el procesamiento de Pezet, de sus ministros y de quienes hubiesen ejercido funciones públicas. No adoptó ninguna decisión con respecto al problema con España. Pensaba que el Congreso era quien debía decidir sobre una posible declaración de guerra. Quería ganar tiempo esperando la llegada de los nuevos buques de guerra adquiridos en Europa. Ante su falta de decisión, el día 25 de noviembre los jefes del ejército depusieron a Díez Canseco y, al día siguiente, el pueblo en cabildo abierto reunido en la plaza de armas proclamó dictador al coronel Prado.

La solución diplomática del conflicto hispano-peruano fue abortada por la subida en Perú al gobierno de Mariano Ignacio Prado Ochoa, tras el fugaz gobierno de Pedro Díez Canseco de 22 días de duración. Prado anuló todo lo acordado con España por el gobierno Pezet³⁰.

²⁹ La muerte y heridas provocadas a varios ciudadanos españoles en la hacienda del terrateniente peruano Manuel Salcedo, provoco que llegara una flota de guerra española mandada por el almirante Pareja, llevó a este a pedir explicaciones de las causas de estos muertos sin que las autoridades peruanas diesen explicaciones satisfactorias al respecto. En represalia la escuadra española ocupo las islas peruanas Chíncha en 1864.

³⁰ A raíz de la firma del Tratado Vivanco-Pareja, el 27 de enero de 1865, hubo en todo el país un descontento contra el gobierno de Pezet, pues se consideró que dicho tratado deshonraba a la nación al aceptar las exigencias de España. El 28 de febrero del mismo año se sublevó en Arequipa el coronel Mariano Ignacio Prado, quien organizó un ejército llamado Restaurador de la Honra Nacional, con el que partió al Cuzco y a Ayacucho, preparándose para la toma

Con la dictadura de Prado comenzó una guerra a la que se sumaría el 25 de septiembre de 1865 Chile y ya en 1866, el 30 de enero, Ecuador y, el 22 de marzo, Bolivia. El 14 de enero de 1866 se firmó el Tratado de Alianza ofensiva y defensiva, celebrado entre las Repúblicas de Perú y Chile, firmado por el secretario de relaciones exteriores del Perú, Toribio Pacheco y el ministro plenipotenciario de Chile, Domingo Santa María. El tratado invitaba a otras repúblicas sudamericanas a unirse para enfrentarse a la escuadra española. A este tratado luego se sumarían Bolivia y Ecuador.

Las escuadras de las cuatro repúblicas hispano americanas eran poco importantes e incapaces de enfrentarse en una batalla en mar abierto a la escuadra española. La escuadra chilena se refugió en los canales de Chiloé como forma de evitar el combate naval, puntos de concentración al que luego llegarían diversos barcos peruanos como las fragatas *Apurímac* y *Amazonas*.

Al comienzo del conflicto estaba al mando de la escuadra española del Pacífico el almirante José Manuel Pareja, que se suicidó como consecuencia de haber sido capturado uno de sus buques, la Covadonga, teniendo que ser sustituido en el mando por el brigadier Casto Méndez Núñez quien con la fragata blindada Numancia había arribado a las costas chilenas. Méndez Núñez, venía con órdenes del gobierno O'Donnell de no abandonar aquellas aguas sin antes conseguir la paz a través de una negociación o por medio de las armas. Estas directrices encajaban a la perfección en la forma de entender y hacer las cosas de los gobiernos europeos de la época, en unos momentos en que enseñar la bandera y realizar acciones de fuerza, conocidas como política de la cañonera, eran prácticas normales de cualquier nación que tuviese un cierto peso internacional.

Cuarenta años después, en mayo de 1904, los súbditos norteamericanos Perdicaris y Cromwell fueron secuestrados de su casa por los hombres

de Lima. Simultáneamente, en Chiclayo (norte del Perú), se sublevaba el coronel José Balta, convergiendo igualmente su movimiento revolucionario hacia Lima.

Diez Canseco, que era el segundo vicepresidente, simpatizó con los rebeldes y publicó una proclama que Pezet consideró sediciosa, por lo que tuvo que refugiarse en la legación norteamericana, de donde partió hacia Chile, aunque con el propósito de volver para derrocar a Pezet. En efecto, interrumpió su viaje y desembarcó en Chalay, dirigiéndose hacia Ayacucho. Allí asumió el mando político de la revolución, mientras que Prado conservaba la jefatura militar. Balta lo proclamó como vicepresidente en ejercicio de poder.

A fines de septiembre se reunieron en Chincha los dos ejércitos revolucionarios, el de Balta y el de Prado, que sumaban en total 10.000 hombres. El 22 de octubre, Prado y Balta marcharon sobre Lima. El 27 llegaron a Chilca y luego a Lurín, donde acamparon. La defensa de Lima fue muy débil. El Palacio de Gobierno cayó después de un violento combate de seis horas. El populacho intervino dedicándose al pillaje. Pezet, que contaba aún con un ejército, no quiso presentar batalla y se retiró, refugiándose en una corbeta británica surta en el Callao.

de Muley Ahmed al-Raisuni, exigiendo su raptor un rescate de 70.000 dólares y el control de dos de los distritos más ricos de Marruecos. El Presidente de los Estados Unidos, *Theodore Roosevelt*, se enfureció por el secuestro y se vio obligado a reaccionar enviando siete buques de guerra de la *U.S. Navy* bajo el mando del almirante *French Ensor Chadwick* y varias compañías de Marines al mando del mayor *John Myers Twiggs*. Dichas fuerzas sólo actuarían bajo órdenes directas de Washington. El plan era ocupar las aduanas de Marruecos, que eran el principal ingreso del país, si el gobierno marroquí no cumplía con las exigencias de los Estados Unidos, es decir, hacer las concesiones necesarias para persuadir a al-Raisuni de liberar a Perdicaris, o para capturar a al-Raisuni si Perdicaris moría. Roosevelt, amigo de la política de prestigio y de frases para historia dijo en la Convención Nacional Republicana: «Este gobierno quiere a Perdicaris vivo o a al-Raisuni muerto».

Los intentos de la flota española de lograr entablar un combate en mar abierto resultaron imposibles ya que las escuadras combinadas hispano-americanas eran muy inferiores a la escuadra de Nuñez.

En el combate de la isla Abtao, de 7 de febrero de 1866, se produjo un pequeño enfrentamiento sin que ninguna de ambas fuerzas recibiera daños considerables. Las fragatas españolas no se acercaron a la costa por temor a resultar varadas en una zona que desconocían, mientras que las naves hispano americanas se mantuvieron al amparo del canal en el que se habían refugiado. Se hicieron en conjunto unos 2.000 disparos.³¹

La imposibilidad de trabar combate en condiciones de mar abierto llevó a la Junta de Oficiales española a organizar una nueva expedición para enfrentarse a la flota combinada chileno-peruana. El 17 de febrero salieron de Valparaíso la *Numancia* y la *Blanca* en dirección a Chiloé. La *Blanca* haría de guía y exploradora en los difíciles canales chilotes. En Tubilda, donde ancló la flota española, fue hostigada desde tierra por tropas de infantería chilena³². Méndez Núñez localizó de nuevo a la flota chileno-peruana en la

³¹ Las bajas españolas fueron de seis heridos y tres contusos. En la escuadra aliada las cifras de muertos oscilan entre dos y doce y los heridos entre uno y una veintena.

³² Durante el viaje de las fragatas españolas para lograr llegar a su objetivo anclaron en la noche del 1 de marzo en Tubilda, cerca de Huito para repostar. Este fondeadero quedaba bajo resguardo de un morro en el que, sin que lo supieran los españoles, se hallaba acampado dos compañías del batallón N° 4 de Ancud al mando del mayor Jorge Wood. La *Blanca* estaba anclada a escasos 50 metros de las rocas por lo que durante la noche Wood ordeno a los soldados chilenos que tomaran posiciones en las que se pusieron a tiro de fusil del enemigo. Los soldados se ocultaron tras las rocas y se pusieron en posiciones ventajosas en la cima del morro. Al despertar en la mañana a las 4:45 del 2 de marzo, las tripulaciones se agruparon en las anchas cubiertas para pasar revista. Las fuerzas chilenas al observar esto abrieron inmediatamente fuego de fusilería lo que sorprendió completamente a la marinería española. Los marineros inmediatamente corrieron a bajar a los entrepuentes y aclarar la cubierta. La artillería de los

ensenada de Huito donde se habían refugiado sabiendo la imposibilidad de que entraran los buques españoles dado su mayor calado. Una vez más, la posibilidad de cumplir las órdenes de Madrid se vio frustrada, dada la dificultad de mantener de forma indefinida una flota al otro lado del mundo por lo se optó por bloquear y, finalmente, bombardear varios puertos enemigos.

Ante Valparaíso el almirante Méndez Núñez exigió a Chile la devolución de la Covadonga a cambio de levantar el bloqueo y devolver las presas hechas por la escuadra española. Las autoridades chilenas contestaron por medio del comodoro estadounidense John Rodgers que no devolverían la Covadonga. En la mañana del 24 de marzo el almirante español envió por intermedio del ministro norteamericano Kilpatric un ultimátum al gobierno de Santiago dándole un plazo de cuatro días para que diera las satisfacciones exigidas por el gobierno español, devolviera la Covadonga y saludara a la bandera española y que, en caso contrario, bombardearía las instalaciones del puerto de Valparaíso y, sucesivamente, los demás puertos de la costa chilena. Ante la nueva negativa del gobierno chileno Méndez Núñez comunicó al intendente de Valparaíso que en vista del fracaso de las negociaciones y la infructuosa búsqueda de la escuadra aliada para batirla, no encontraba otro medio para vengar las ofensas recibidas que proceder con el bombardeo de Valparaíso. Los representantes diplomáticos hicieron todo lo posible para evitar el bombardeo. Los españoles anunciaron con mucha antelación el comienzo del bombardeo con el propósito de facilitar la evacuación de civiles. Las fuerzas navales neutrales de Estados Unidos y Gran Bretaña amenazaron con intervenir si se llevaba a cabo el ataque ya que esta acción violaba las leyes de guerra al ser Valparaíso un puerto indefenso. Méndez Núñez replicó que tenía órdenes y que si intervenían serían considerados enemigos y atacados también, momento también en el que dijo la célebre frase de «España prefiere honra sin barcos a barcos sin honra». El 31 de marzo Méndez Núñez procedió con el bombardeo. Hubo 2 muertos y, aproximadamente, 10 heridos, porque unos 40.000 habitantes, casi la mitad de la población, avisados de antemano, habían abandonado sus hogares o refugiado en las zonas que no se iban a bombardear, ya que el ataque fue, esencialmente, dirigido contra los edificios públicos del puerto. Por indicación de Méndez Núñez

buques no podía contestar el fuego por la corta distancia en que se hallaba el enemigo y tampoco había blanco a que disparar, ya que los chilenos tenían muy buenas posiciones. Por otra parte, la Numancia no podía ayudar tampoco, pues su compañera estaba en la línea de fuego y debido a esto Casto Méndez Núñez envió un bote con refuerzos el que intentó acercarse a las rocas y desalojar a los tiradores, pero fue también atacado y rechazado. A las dos horas de combate logró por fin la Blanca apartarse a tiro de cañón y abrió fuego, pero con tan poca efectividad que las fuerzas chilenas no sufrieron bajas. Los buques siguieron su rumbo para buscar a la escuadra aliada.

los hospitales, conventos e iglesias fueron señalados con banderas blancas. El bombardeo de Valparaíso fue muy cuestionado incluso por algunos de los autores del mismos. Seguidamente la flota española levó anclas rumbo a El Callao, el puerto mejor defendido de Sudamérica.

El gobierno peruano dispuso la organización de las defensas necesarias a cargo de la Marina y del Ejército, instalándose 56 cañones agrupados en varias baterías, incluyendo una dirigida a la zona conocida como la Mar Brava en previsión de un ataque por la retaguardia. La movilización de hombres fue total. También los extranjeros intervinieron formando brigadas de bomberos, pues se temía que se propagaran incendios por el puerto y la ciudad, mientras se tenía la esperanza de la pronta llegada de los blindados *Huáscar* e *Independencia*, muy armados y recién comprados en Europa.

La escuadra española llegó a la isla San Lorenzo frente a las costas de El Callao el 26 de abril de 1866. Al día siguiente Méndez Núñez anunció al cuerpo diplomático acreditado en Lima que daría un plazo de cuatro días para la evacuación de la ciudad antes del bombardeo. Este lapso de tiempo fue aprovechado por las autoridades peruanas para ultimar la organización de las defensas de la ciudad.

La escuadra española del Pacífico estaba compuesta el día del combate por una fragata blindada, la *Numancia*, cinco fragatas de hélice (*Blanca*, *Resolución*, *Berenguela*, *Villa de Madrid* y *Almansa*) junto con el transporte artillado *Consuelo* arribando al escenario de guerra el 15 de marzo y una corbeta de hélice, la *Vencedora*, más siete buques auxiliares, los vapores de transporte *Marqués de la Victoria*, *Paquete del Maule*, *Uncle Sam* y *Matías Cousiño* y los transportes a vela *Mataura*, *María* y *Lotta and Mary*.

El Callao contaba con un total de 69 cañones, 56 en las baterías y 13 en los buques de guerra más los monitores *Loa* y *Victoria*, a los que se sumaban los vapores *Tumbes*, *Sachaca* y *Colón*. En sus piezas de artillería había cuatro cañones *Armstrong* de 300 libras y cinco *Blakely* de 500 libras, piezas extraordinariamente poderosas.

Según informó el almirante Méndez Núñez y los protagonistas españoles la casi totalidad de las baterías del puerto fueron silenciadas, al punto de que al momento de retirarse los españoles solo tres cañones del Fuerte Santa Rosa continuaban disparando, versión respaldada por el capitán de la corbeta francesa *Venus*, presente durante el bombardeo. Méndez Núñez sustentaba su victoria en el hecho de no haber sido hundida una sola de sus naves y que, si bien dos de ellas, la *Berenguela* y la *Villa de Madrid*, sufrieron daños de consideración y fueron puestas temporalmente fuera de combate esto no les impidió realizar el viaje de regreso a España. La escuadra española tuvo 43 muertos, 83 heridos y 68 contusos. Del lado peruano no

se sabe con exactitud el número de muertos y heridos, por lo que las cifras varían según las fuentes desde las 200 hasta las 2.000 bajas.

El 10 de mayo de 1866 después de enterrar a sus muertos, curar a sus heridos y reparar sus navíos en la isla San Lorenzo, los españoles dividieron su escuadra. Por una parte, las fragatas *Numancia* y *Berenguela*, la corbeta *Vencedora* y los transportes *Marqués de la Victoria*, *Uncle Sam* y *Mataura* se dirigieron hacia las Filipinas para avituallarse y desde allí continuar su viaje hacia Cádiz. En este viaje la *Numancia* lograría ser el primer buque blindado en dar la vuelta al mundo. El resto de la escuadra, es decir, las fragatas *Resolución*, *Blanca*, *Villa de Madrid* y la *Almansa*, bajo el mando de Méndez Núñez, navegaron hacia el Atlántico sur. Estos buques permanecieron en aguas sudamericanas, atracados en Río de Janeiro y Montevideo, en espera de órdenes para realizar una nueva expedición de castigo al Pacífico o en previsión de un ataque por parte de la escuadra chileno-peruana, siendo reforzado este escuadrón naval por las fragatas de hélice *Concepción* y *Navas de Tolosa*.

El gobierno del Perú consideró la posibilidad de continuar la guerra, para lo que contrato a un marino estadounidense, el comodoro John Randolph Tucker, como jefe de la escuadra y unos cuantos oficiales de la misma nacionalidad para secundarlo. Con los nuevos buques de guerra comprados en Europa y en los Estados Unidos los peruanos pensaban lanzar un raid naval contra la España peninsular y las Canarias o lanzarse sobre las Filipinas, pero la visión más prudente de los chilenos terminó con el proyecto.³³ La decidida acción de la Armada española que capturó con la fragata *Gerona* a la corbeta chilena *Tornado* en Madeira y la escaramuza contra el vapor *Valdivia* por el vapor de guerra *Isabel II* terminó por hacerles desistir.

El gobierno español también realizó planes. El 28 de junio de 1866 Gabriel García Tassara, embajador español en *Washington*, comunicó al secretario de estado yanqui William H. Seward las nuevas instrucciones de su gobierno, que pretendía enviar al almirante Méndez Núñez, entre las que figuraba la reocupación de las islas Chincha, aclarando que España no tenía pretensión alguna sobre los territorios de las repúblicas sudamericanas ni deseos de intervención en sus respectivos gobiernos y que sólo buscaba resarcirse mediante la venta del *guano* peruano de los gastos ocasionados du-

³³ El gobierno de Chile favorecía una estrategia más conservadora que contemplaba ejecutar un ataque masivo a la flota española estacionada en las costas sudamericanas del Atlántico e iniciar típicas operaciones de tipo corsarias sobre costas territoriales españolas con los buques de guerra que estaba adquiriendo en *Estados Unidos* y *Gran Bretaña* como las corbetas *Abtao*, *Tornado*, *Chacabuco* y *O'Higgins*; el vapor *Valdivia*, el pailebot *Independencia* y un buque de guerra gemelo del *Huáscar* que se estaba construyendo en astilleros ingleses.

rante la guerra y que no habían podido ser cubiertos por el rechazo al tratado Vivanco-Pareja. Seward hizo saber a García Tassara que los Estados Unidos protestarían ante todo intervencionismo europeo en América y que si, a pesar de su protesta, éste se realizaba no podrían mantener su neutralidad. El general Hovey, ministro plenipotenciario de Estados Unidos en Lima, comunicó al ministro Toribio Pacheco que la contestación del secretario de estado al enviado español constituía una exposición explícita de la Doctrina Monroe. En 1871 se firmó en Washington un convenio de armisticio por tiempo indefinido entre España, Bolivia, Chile, Ecuador y Perú.³⁴ Una vez más la fuerza militar se tuvo que postrar ante la fuerza de la diplomacia.

* * *

La acción exterior de España durante el reinado de Isabel II es la cuestión menos estudiada de nuestra alta edad contemporánea. Los cerca de cuarenta años que van desde 1834 a 1868 son para España años carentes de grandes catástrofes a nivel internacional por lo que se manifestó una cierta tendencia al aislamiento acentuado por unos primeros años de conflictividad civil y que no cambió hasta la llegada de la Unión Liberal.

Para la España isabelina existían dos objetivos prioritarios en materia internacional: el mantenimiento del *statu quo* en el Mediterráneo y la defensa de sus colonias, especialmente en Cuba, y garantizar la pervivencia del recién nacido régimen liberal encarnado en Isabel II, amenazado por un persistente y belicoso carlismo y por la negativa a su reconocimiento por Austria, Prusia, Rusia y la Santa Sede.

Cuando la tranquilidad interior, los medios económicos y la coyuntura internacional lo permitieron, a partir de 1856, los distintos gobiernos españoles llevaron a cabo una activa acción exterior intentado emular las líneas directrices que regían en otras naciones similares de su época. Todas las piezas, dispersas y distantes, de la monarquía se pusieron en movimiento: acción desde la Península sobre Marruecos; desde Cuba sobre Méjico y Santo Domingo, intervención forzada en el litoral pacífico de América del Sur; desde Filipinas sobre las costas indochinas, pero sin sacar verdadero fruto de estas acciones por causa de la brevedad de los gobiernos que ha-

³⁴ España y Perú firmaron finalmente un *tratado de paz y amistad* el 14 de agosto de 1879, por el que se reconocía la independencia peruana y se establecían relaciones diplomáticas entre ambos países. También en 1879 se firmó el *tratado de paz con Bolivia* (21 de agosto). La paz definitiva entre España y Chile se firmó el *12 de junio de 1883*, en Lima (Perú), durante la *ocupación chilena durante la Guerra del Pacífico*. Por último, la paz con Ecuador se firmó el *28 de enero de 1885*.

bían impulsado estos proyectos de acción exterior y que sustancialmente deseaban beneficio en materia colonial. La España de la Unión Liberal era lo suficientemente fuerte para vencer sobre el terreno pero no para sacar el beneficio de su esfuerzo en el campo de la política internacional de aquel tiempo.

Hace muchos años que se ha definido el intervencionismo militar de la Unión Liberal como la acción exterior más destacada de la burguesía moderada que rigió los destinos de España isabelina. O'Donnell marca un periodo de plena vigencia romántica, de vuelta a la pérdida grandeza de España, con intervenciones exteriores pensadas para alentar el frío nacionalismo español, aprovechando la vitalidad de un pueblo que seguía siendo y sintiéndose heredero de un pasado glorioso.

El general e historiador Alonso Baquer sostiene que en siglo XIX las naciones de la vieja Europa repartieron sus esfuerzos militares en tres tipos de guerras: interiores o civiles, exteriores y ultramarinas. La España de O'Donnell en sus años de gobierno afrontó dos conflictos exteriores y tres guerras coloniales más las numerosas campañas militares en Filipinas. Una actividad bélica que demuestra la ya señalada vitalidad de España y de los españoles en el siglo XIX, pero que también evidencia la falta de capacidad de los distintos gobiernos para sacar fruto de los esfuerzos hechos en las guerras exteriores y coloniales combatidas por los españoles por causa de su falta de peso político en el contexto internacional de la época. Una guerra grande con una paz chica.

La España del XIX, tras la pérdida de sus posesiones en América continental como consecuencia del enorme esfuerzo y desgaste de la Guerra de Independencia y, a pesar de las guerras carlistas y revuelta cantonal, desarrolló un enorme esfuerzo por mantener sus posesiones coloniales, como hacían todas las potencias europeas de su tiempo.

Este propósito, que comenzó en 1815 y perduraría hasta 1975, la Unión Liberal lo desempeñó de forma coherente y con bastante eficiencia. O'Donnell desarrolló una política que algunos autores han titulado de prestigio, pero que era sencillamente de expansionismo colonial como las que desarrollaban, con mayor o menor éxito, todas las naciones de su entorno.